

FIONA BARTON

Pueblo pequeño. Infierno grande.

UNO DE LOS NUESTROS



 Planeta

La nueva novela de la autora del
bestseller internacional *La viuda*.

FIONA BARTON

UNO DE LOS NUESTROS

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

 Planeta

Título original: *Local Gone Missing*

© Figbarton Productions Ltd, 2022

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27305-9

Depósito legal: B. 6.285-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Sábado, 24 de agosto de 2019

Dee

Después Pauline me dijo que ni siquiera había reparado en que Charlie había desaparecido hasta que yo la había despertado.

El coche estaba a la entrada de la casa, pero no había rastro de él cuando entré a limpiar. Tengo una copia de las llaves y suelo llegar a la casa antes de que se levanten. Lo prefiero, la verdad. Así puedo ir a mi ritmo. Antes de que se den cuenta siquiera de que ando por allí, ya casi he terminado. «La mujer invisible», me llama a veces mi marido, en broma.

Pero tiene razón. Me evaporo cuando entro en casa de un cliente. Me oyen pasar el aspirador, claro, o mover muebles, pero la mayoría hace como si no estuviera allí. Es como cuando en *Downton Abbey* el servicio sale de pronto por una puerta oculta para quitar el polvo de las lámparas de araña mientras la familia comenta el último escándalo de lady Mary, solo que en los sitios donde limpio no hay puertas secretas ni escaleras de servicio. Yo estoy en el otro extremo del espectro: ¡los Perry viven en una caravana!

—Es una vivienda modular de lujo —me espetó Pauline la primera vez que la llamé así—. Las caravanas son para los que

viajan, Dee. Además, esto es temporal, hasta que esté acabada la casa grande.

«La casa grande.» De lejos parece especial, sí, pero de cerca es otra historia. Se cae a pedazos, ladrillo a ladrillo. Hay unos boquetes enormes en el tejado y los techos están a punto de derrumbarse. Según mi marido tendrían que declararla en ruinas, pero Pauline aún me obliga a sacarle brillo a la aldaba y el buzón de la puerta, ambos de latón. Supongo que le alivia imaginar que pronto vivirá allí. ¡De lo que somos capaces los seres humanos por hacernos la vida más soportable!

Pura fachada, todo. Un exterior resplandeciente tras el que esconder la mugre. ¡Ay, si la gente viera lo que yo veo!: esos hornos forrados de grasa, esos retretes pringados de mierda, esos colchones llenos de manchas... ¡Y si oyeran lo que oigo!: sé quién tiene problemas económicos, quién infecciones fúngicas... Pero nadie lo sabrá, porque guardar el secreto forma parte de mi trabajo.

—¡Charlie! —me grita Pauline desde el dormitorio.

—¡No lo he visto! —le contesto asomando la cabeza por la puerta.

—Pues aquí no está —dice sacándole el pijama doblado de debajo de la almohada.

—Ya —respondo.

—Anoche me tomé una de mis pastillas... Debía de estar dormida cuando llegó. Y cuando se ha levantado —añade, pero yo no percibo en el aire el tufo ácido de la última copa secreta de Charlie.

Llevo un tiempo abriendo la ventana del minúsculo dormitorio nada más llegar siempre que limpio esta casa, y ayudándolo a esconder las botellas vacías para que no las vea Su Majestad. Esta mañana el dormitorio apesta a sudor y a sexo. Y ellos nada. Que no lo hacen, vamos. Según Pauline, Charlie no puede. Pero

hay otro que sí, está claro. En el pueblo se habla del jardinero, Bram, que viene mucho por aquí. Y no a cortar el césped.

—Hoy me iba a comprar un vestido nuevo en Brighton —llo-riquea—. Llevo días encerrada en esta condenada caravana.

¡Joder! ¡Ha dicho «caravana»! Debe de estar cabreadísima.

—Voy a ponerme con la cocina —digo, y ella hace un mohín y asiente.

Debería decirle algo enseguida. Que anoche vi a Charlie. Pero me va a freír a preguntas.

«No te metas —me reprendo—. No te incumbe. Y tú ya tienes bastante con lo tuyo.»

Lleno de agua caliente el cubo mientras procuro no pensar en mis propios problemas: en que hay que pagar el alquiler la semana que viene, en que Liam no tiene trabajo... y en que mi familia se ha vuelto a colar en mi vida, después de tantos años, y me ha hecho recordar.

El agua del cubo se desborda y me salpica en los pies. «Vamos, Dee, que todo se va a arreglar —me digo—. Y Charlie aparecerá dentro de nada, ¿no?»

Antes

Miércoles, 7 de agosto de 2019

Diecisiete días antes

Charlie

Vio a su hija a través de la ventana, con la cabeza ladeada de tal forma que el pelo le caía por la cara, esperando a que sonara el pitido del cierre automático de las puertas del coche. Ella debía de saber que ya había llegado, habría oído el coche, pero él no se apresuró. La vio apartarse despacio de la ventana y dirigirse a la puerta, buscando apoyos para mantener el equilibrio, preparada para recibirlo. Charlie Perry bajó del coche agarrándose al marco de la puerta y pulsó el mando. Su hija sonrió y levantó la mano. Él iba a saludar, un acto aún reflejo después de tantos años, pero bajó la mano. En su lugar dio unos golpecitos en la ventana y subió los escalones de entrada.

—Buenos días, señor Perry —lo saludó cariñosa la nueva recepcionista.

Al principio les había pedido a todos que lo llamaran Charlie, pero ellos se habían limitado a sonreír. No era uno de esos sitios. El personal de Wadham Manor no vestía esos horribles pijamas sanitarios de poliéster rosa chillón. Allí se llevaban camisas de un blanco resplandeciente y pantalones elegantes, y delantales desechables solo en caso de necesidad.

Había rosas amarillas en la mesa de centro de recepción, en lugar de las inmensas peonías rosadas de la otra semana. Charlie inspiró el aire purificado con regusto a abrillantador para madera y se permitió una sonrisa de complacencia. Todo facha-da, lo sabía. Wadham Manor era una institución más, pero él se dejaba camelar por las reseñas de cinco estrellas («más que una residencia, un hotelito rural») y las flores frescas. Además, su niña lo merecía, y él se lo debía.

—¡Buenos días! —contestó cantarín. No recordaba el nombre de la recepcionista, pero se lo preguntaría a alguien después. Llamar a la gente por su nombre era importante—. ¿Qué tal? ¿Y cómo está Birdie hoy?

—Bien... Ayer le fue genial con el fisio nuevo. Se alegrará mucho de verlo.

«De verme... ¡Ojalá!», le dieron ganas de decir. Birdie llevaba casi veinte años sin verlo.

—Voy para dentro —respondió en cambio.

—Claro. Aviso a la señora Lyons de que está aquí. Nos ha comentado que desea hablar con usted.

Cuando Birdie abrió la puerta de su apartamento lo abrazó fuerte.

—¡Madre mía, papá, te has bañado en colonia! —exclamó riendo y tapándose la nariz.

—¿Qué pasa?, ¿no te gusta? Es carísima.

—Seguro. ¿La ha elegido Pauline?

—Dice que estaba harta de la de antes, que me tenía que actualizar.

—Pues a mí me gustaba la de antes. Ahora hueles como las tiendas *duty free* del aeropuerto.

—¡Ja! Anda, calla, sé buena y hazme un café. —La observó

mientras organizaba las tazas y la leche en la cocina americana, colocándose el precioso pelo moreno por detrás de la oreja al tiempo que parlotaba. «Nadie sospecharía que no ve», se sorprendió pensando. Pero él lo sabía. «Soy afortunado por tenerla aún», se dijo. Su mantra—. Bueno, ¿qué tal ayer con el fisio?

La sonrisa soleada de su hija se nubló.

—¿El fisio? —masculló ella.

—Tuviste una sesión por la mañana.

«Ten paciencia. Deja que disimule si quiere.»

—Ah, sí. Muy bien. Creo.

Los dos sabían que su cerebro, poco fiable, se había desprendido de esa información.

—Aquí dice que estuvisteis trabajando el equilibrio y la fuerza. —Charlie la ayudó cogiendo el archivador donde quedaba registrado todo lo que su memoria no era capaz de guardar—, y que el fisio tuvo que regañarte por decir palabrotas.

—¡Papá! No dice eso —contestó ella riendo como una boba.

—Claro que sí —insistió él. Le encantaba hacerla reír—. Hasta viene una lista de las que usaste. Algunas no las oía desde la última vez que estuve en el East End.

—¡Para ya! Toma, tu café. ¿Cómo se llama el fisio, que no me...?

Charlie fue a la última página del informe.

—Se llamaaa... Se llama Stu —respondió él, y notó que le flojeaba la mano con la que asía la taza. Cayó un poco de café en la página y emborronó el nombre.

—Eso es: Stu —dijo ella.

Charlie contuvo la respiración y esperó a que el recuerdo asomara al rostro de su hija, pero no fue así. El nombre no le decía nada. Se le había borrado por completo de la memoria, como todo lo ocurrido aquella noche. El cerebro bien engrasado gracias al que había conseguido una plaza en Oxford para

estudiar Derecho se había embotado de forma desastrosa en cuestión de minutos. Unos quince, según el cálculo del personal sanitario de la ambulancia. Birdie había dejado de respirar el tiempo que él tardaba en tomarse un gin-tonic y la vida le había dado un vuelco. Al recobrar la conciencia no recordaba nada.

Por suerte para ella. Charlie, en cambio, lo recordaba todo.

Cuando salió del apartamento de su hija, la señora Lyons andaba merodeando por allí, recolocando las flores con brusquedad.

—¡Ah, qué bien que esté aquí! —exclamó entusiasmada, como si fuera su visita favorita, que no era el caso—. Vamos a ver... —añadió sentándolo en su despacho particular—, hay que liquidar esta factura, ¿verdad?

—Mañana le hago la transferencia, señora Lyons —contestó Charlie—. Le agradezco mucho su paciencia.

—Me alegra saberlo, pero me temo que eso fue lo mismo que dijo la última vez. Y las otras ocasiones en que hemos tenido que hablar del asunto.

—Como ya le expliqué, he sufrido un problemilla de liquidez..., no quiero aburrirla con los detalles, pero pronto le llegará el abono. —Notó como le cosquilleaba del sudor en el nacimiento del pelo—. Le doy mi palabra.

La señora Lyons apretó la boca, se puso en pie y se estiró el vestido a la altura de las caderas huesudas.

—Estupendo. Pero, insisto, esta es la última vez que hablamos del tema. Lleva ya seis meses de retraso y me temo que no podemos seguir prorrogando nuestra generosidad. Tengo la sensación de que se está aprovechando de nosotros, señor Perry.

—Charlie, por favor.

—Quizá debería buscar un alojamiento alternativo para Birdie, señor Perry.

Antes de abandonar el despacho de la señora Lyons, Charlie agarró un clínex de la falsa cajita de oro del escritorio y, camino de la salida, se limpió el sudor de los ojos.

—¿Le ocurre algo?! —voceó la recepcionista.

—No, no, un poco de alergia. Todo fenomenal, gracias.

—Birdie es una chica encantadora.

«Chica.» Le dieron ganas de corregirla, de decirle que era una mujer hecha y derecha que cumplía treinta y ocho la semana siguiente y que, a esas alturas, podría haber sido una abogada de prestigio. Pero las lesiones la habían congelado en el tiempo. Su vulnerabilidad hacía que los demás siguieran viéndola como una cría.

—Sí, es encantadora.

—Hoy lleva un día ajetreado. Usted no es el primero que la visita.

—Ah, ¿sí? No me ha comentado nada. Y tampoco estaba anotado en el informe —dijo Charlie barajando en su cabeza las distintas posibilidades.

El apartado de visitas del diario semanal estaba reservado casi exclusivamente a la madre de Birdie y a él, que iban a verla en días distintos para no incomodarse el uno al otro. Una de sus antiguas profesoras la visitaba un par de veces al año, pero siempre se lo comunicaba de antemano para que él pudiera preparar a su hija. ¿Habría sido alguna compañera de estudios? Había perdido el contacto con las chicas de su promoción cuando se separaron para ir a la universidad, pero Birdie seguía a un par de ellas en redes sociales.

—No, bueno, cuando le he dicho que estaba con el fisio, se ha ido. —La recepcionista se inclinó hacia delante y añadió en tono confidencial—: El tipo me ha dicho que volvería algún día de la semana que viene, después del almuerzo.

«El tipo.» Se le erizó el vello de la piel.

—Eeh..., ¿ha dejado su nombre o su teléfono? Por ponerme en contacto con él para organizarlo, digo.

—No, me ha pedido que no se lo comentara a ella. Quería darle una sorpresa.

—Que me llamen si vuelve a ocurrir. No quiero que molesten a mi hija.

Al llegar al coche Charlie buscó la cajetilla de tabaco de emergencia, se encendió un cigarrillo y se quedó allí sentado, con los ojos cerrados.